



**a mujer en el tiempo.  
Una lectura de *Aura***

**Woman in time. A reading of *Aura***

*María Camila Restrepo Tamayo*<sup>1</sup>

---

1 Estudiante de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).  
Correo electrónico : camilis2512@hotmail.com

Artículo recibido el 8 de septiembre de 2013 y aprobado para su publicación el 27 de octubre de 2014.



### Resumen

En su novela *Aura*, Carlos Fuentes reflexiona sobre el misterio de la condición femenina, rescatando cómo la mujer es quien vela en su amarga angustia, en su soledad acongojada, en el anhelo incansable que la acosa toda su vida; el de amar y ser amada. Por tal motivo, el presente artículo pretende evaluar ese elemento a través de la figura masculina, desde el vigor y el deseo que se somete lentamente a su presencia. En un principio se hablará sobre la figura femenina y masculina en *Aura* siguiendo el desarrollo de la obra, para posteriormente tratar el tema del amor desde la perspectiva de estos dos personajes y su relación con la ilusión y el tiempo. Finalmente se dará una interpretación de dicha obra en relación con la historia de México y ciertas nociones sociológicas que nos permitirán plantear una tesis actual de la significación de estos dos personajes (el hombre y la mujer) en nuestro tiempo.

### Palabras clave

*Aura*, Mujer, Hombre, Amor, Historia.

### Abstract

Carlos Fuentes in his novel *Aura* reflects about the mystery of feminine condition. The present article pretends to focalize this mystery. It will evaluate the masculine figure that Fuentes presents; his vigor and his desire that are slowly subjugated by the presence of another character; is the women who veils in her bittering anguish, in her bereaved solitude, in her unreachable longing which persecutes her all her life; the desire to love someone and be loved. At the beginning, we will talk about masculine and feminine figure in *Aura*, following the development of the book, after that we will treat the theme of love in this two characters and his relationship with the illusion and the time. Finally, we will give an interpretation of the book in relationship with Mexico's history and some sociological notions that will let us propose a thesis based in the signification of these two characters (the man and the woman) in our times.

### Keywords

Woman, Man, Love, Time, History.



## Introducción

Este texto se propone pensar sobre *Aura*, una novela publicada por Carlos Fuentes en 1962. Por tal motivo, se estudiará en primer lugar la condición de la mujer a partir del personaje de Consuelo; allí donde el narrador está

ausente, en los inciertos episodios de su vida, de final inconcluso y pensamientos callados, se nos permite conocer a esta mujer más bien por lo que desconocemos de ella. En contraste, a Felipe lo seguiremos por sus movimientos absortos, ajenos a la verdadera realidad de la casa que se esconde con su oscuridad abrumadora.

Sospechar sobre esos inmensos espacios vacíos es peligroso y traicionero ante las palabras completas, llenas e intensas que constituyen el relato, porque él es, en sí mismo, la intriga manifiesta en todos sus ángulos posibles, en cada rincón de la página, carente de información reveladora, mostrándose a cada instante que cada misterio es implacable, imposible de resolver. A nosotros, los lectores, se nos ha velado la historia. Del texto desmembrado nos ha quedado tan sólo una parte abandonada. *Aura* es una obra cargada de soledad, de misterio. Entonces, éste no es solamente un relato sobre la mujer, es en sí mismo una mujer incógnita y misteriosa ante los ojos de un hombre.

## 1. El hombre y la mujer. Una relectura

La intriga está desde el principio, desde esa voz que nos sugiere, que nos conduce lentamente guiándonos hacia alguna parte, esa voz femenina, la voz de *Aura*, la voz de *Consuelo*. Se dirige hacia nosotros, al principio delicadamente como el destino que se nos marca. Luego, una segunda persona, un tiempo futuro, nos revela un escritor, que es el personaje inmerso en la novela, que vivió lo ocurrido y al cual los hechos lo determinaron hasta el punto de considerarlos necesarios, de considerarlos su destino. La novela habla del pasado en un tiempo presente, pero de un pasado que sería futuro, es decir un imperativo que conjuga todos los tiempos. La novela es también un hondo deseo, un largo y desesperado pensamiento de una mujer, una imaginación que recorre ligeramente su mente.

*Consuelo* es la mujer de otra época, que yace escondida en los remotos territorios abandonados por el tiempo. Está allí bajo la tierra, revestida de verdes. Entrar a la casa de *Donceles* es acudir a la naturaleza que emerge sombría, húmeda con un olor que embriaga, encanta, trastorna, de animales y oscuridades taciturnas que se mezclan y ensordecen, enmudecen, devoran los sentidos rodeándolos con ese olor a musgo, a plantas, a raíces, con ese “perfume adormecedor y espeso” (Fuentes 13). En ese lugar, bajo los techos

encubiertos, entre los amoblados salones, hay otro mundo que se esconde y se muestra. Todo es sombrío, produce un tedio insoportable, un espanto invencible. Todo es antiguo, porque antiguo es el recinto femenino que guarda y conserva, que no osa desprenderse de los recuerdos y los encadena con tiranía contra el tiempo que los desaparece sin piedad alguna. La lucha de la mujer es una eterna lucha contra ese tiempo que roe y enmohece lo máspreciado.

Aparece de pronto ese rostro marchito, vencido, rendido por el tiempo y todo aquello es más tenebroso que nunca, la confusión se hace perplejidad, desesperación. Ese rincón solitario, ese lecho incierto es la muerte que no acoge más que a los ratones. Y allí, en el fondo, la mujer ansiosa, de maneras intranquilas que se aferra a la mano del historiador con un sopor incontrolable y parece retenerla, recogerla, apretarla, quiere llevársela, pero al fin, detiene a su corazón convulso, ateniéndose al tiempo que marca las pautas con exactitud invencible, sabiendo que de lo contrario perdería su última oportunidad. Sus ojos secos y amarillos, su piel encogida y emblanquecida ha perdido toda la dulzura de la juventud a la que cantaba Rubén Darío<sup>2</sup>.

Así, en la penumbra, surge sutil y misteriosa la figura de Aura, con la fugacidad y el ardor de la vida, la agudeza de los movimientos, el candor de la mirada ofreciendo “un paisaje que sólo tú puedes adivinar y desear” (Fuentes 17). Ese paisaje embellecido, reverdecido y enrojecido es el único capaz de hechizarte, de seducirte inocentemente y llevarte a recónditos parajes desconocidos, que te hará seguirla, enceguecido por la belleza y el clamor de sus ojos. En su tenue figura se halla el fondo del deseo, en su mano lisa que conquistas, en su mirada que retienes, en las sombras que dominas con ojos cegados, que te ata con una agilidad felina.

La angustia de la trama es profunda, se agita y se encadena a un destino inevitable. Esa mujer que porta los años en su cuerpo, esa mujer que desaparece incógnita, solitaria, cogida por la muerte, rehúsa abandonar la vida y sobre todo, su recuerdo. Un recuerdo que es un deseo eterno y permanente. Entrar en esa alcoba derruida es sentir el lamento de la vejez contra los dioses que se apoderaron del amor del hombre, lo inundaron, lo saciaron. Los dioses mercedores del amor del hombre, y las mujeres acaso de su deseo. Porque a los hombres no les bastó nunca la contingencia de la

---

2 En su poema “Canción de otoño en primavera”.

realidad presente, su anhelo sólo podría reposar en la infinita perfección de sus ilusiones aún no manchadas por la cotidianidad. En las mujeres, la religión es quizás solo el consuelo de ser amadas o de hallar de nuevo sus recuerdos perdidos en entrañas del tiempo, de hacer su amor eterno. Pero el ser amado de la mujer reside en la contingencia del tiempo, en su materialidad, es en el hábito y la cotidianidad que se afirma y se reafirma su amor. La infinitud buscada por la mujer pertenece a otro orden, a la infinitud que se ensancha en la posibilidad de la unidad, en la infinitud del instante y sus alcances, en las anchuras insondables del recuerdo.

El hombre se ocupa del espacio público, vive en la incertidumbre y la aventura que comporta el afuera, en la acción y la construcción de ese mundo exterior. La mujer vive en el adentro y las preocupaciones precisas, en las ocupaciones simples e imperativas. Su mundo es su hogar y en la vejez la casa, que ha construido con las ruinas del pasado, solamente es su consuelo. Cuando se encuentra ante las puertas de la muerte abandona la realidad para sumirse en la interioridad de sus recuerdos.

El alma de la mujer ha sido casi siempre descrita por la pluma de un hombre: Eugenia, la pureza del distanciamiento y la inocencia. Hester, la valentía del amor y la soberanía de la sencillez. Ana, la pasión que rebasa cualquier límite y discreción y luego, la frustración inconcebible. Emma, esa mujer infalible que atraviesa la historia con su insaciable ambición amorosa, ningún hombre amaría tanto como esa mujer desgajada por la soledad. Lady Chatterly, esa mujer intrépida y de corazón resuelto, embelesada por ese amor de penumbras estrelladas, de matorrales pegajosos. ¿Cuál es el ser detrás de estas mujeres? Balzac parafraseó el destino femenino, Hawthorne la llama que encendía la fugacidad de la vida femenina, Tolstoi la tristeza y el fracaso del amor femenino, Flaubert la desesperación y la ambición de la que es prisionera la mujer, Lawrence el deseo profundo de la mujer.

Por su lado, Fuentes retrata la mujer que se esconde tras estas mujeres. El corazón que sufre, que se hace silencioso y se vislumbra apenas ante los ojos de los hombres. Esa mujer solitaria que ansía y dispone su vida hacia un fin que ambiciona toda su existencia, que sobrepasa los años y termina en la tragedia. Escribió la más profunda angustia de la mujer frente al tiempo, que es pasado, que es vejez. Consuelo, a diferencia de la mujer de Flaubert, de Hawthorne, no es majestuosa, pero lucha como todas ellas por tener un lugar en el mundo. Para conseguirlo fuerza a que el mundo venga hacia ella,



hacia su recinto olvidado y se postre ante sí. Es la mujer que ha fracasado en sus años gloriosos pero que se obstina a no morir olvidada.

La mujer es protectora del hombre y de sus hijos y por ello su visión premonitoria y su relación estrecha con la medicina, o con la agricultura. Por tal motivo, Michelet asegura que: “El único médico del pueblo, por espacio de mil años, no fue sino la hechicera. La belladona, y otros saludables venenos que empleaba fueron el antídoto de los grandes males de la Edad Media” (7).

La mujer yace en lo cotidiano, está arraigada fuertemente a la tierra. Es como la naturaleza, tiene su fuerza, símbolo de la vida y la fecundidad, la abundancia y la prosperidad. Esta característica determinaba lo femenino. Su misión era la preservación y conservación del hogar. La agricultura, que surge de unas manos femeninas, que se apropian de un lugar y fundan las ciudades, cultivan las bondades de las plantas para preservar la vida, se ocupan de la costura como imagen de la protección contra la temperatura y las texturas que puedan desgarrar la piel y del alimento como la subsistencia de la misma.

El amor femenino trasciende los tiempos y la muerte en la continuación de la vida, en el amor que se hace vida y se encarna, que se hace un ser que a su vez anhela el amor y es constancia de un amor perdido en los umbrales de la tierra. Lo único que perdura es, quizás, ese amor inocuo y arrebatado que consume el alma femenina hasta en los tiempos más confusos.

La belleza de Aura, esa mujer que renace en esta cultura, es como un fantasma que se esfuma en el tiempo y el espacio, se desvanece y se transforma, cambia el ánimo y solo es plausible y agradable en las misteriosas penumbras del sueño. Allí, en esos calabozos húmedos, cálidos e inexplorados del sueño, es donde los deseos pueden ser más arduos, pueden llegar hasta el límite de la realidad y colmarlo hasta la insensata pasión. Consuelo, en cambio, es aquella mujer desprovista de la fecundidad y que la llora en sus más hondas pasiones, porque ésta era, acaso en otros tiempos, la prueba mayor de amor y la constancia existencial del amado en el mundo femenino.

La mujer sufre en lo más hondo de su ser, yace en su angustia y esa angustia hace su amor más fuerte, más intenso. En ese sentido, Kundera escribió:

La carga más pesada nos destroza, somos derribados por ella, nos aplasta contra la tierra. Pero en la poesía amorosa de todas las épocas la mujer desea cargar

con el peso del cuerpo del hombre. La carga más pesada es por lo tanto, a la vez, la imagen de la más intensa plenitud de la vida. Cuanto más pesada sea la carga, más a ras de tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será. (13)

## 2. Sobre el amor y la angustia

En uno de sus ensayos sobre el amor, Ortega y Gasset dice, parafraseando a Stendhal que: “Nos enamoramos cuando sobre otra persona nuestra imaginación proyecta inexistentes perfecciones. Un día la fantasmagoría se desvanece, y con ella muere el amor.” (77). Una ambición infinita habita el corazón del hombre. Un anhelo de colmar su deseo que solo esa infinitud puede saciar. En el amor yace esa ilusión primera de perfección e infinitud. Pero la realidad cotidiana la va apaciguando lentamente, la va consumiendo hasta que de ella no queda nada, porque el hombre está ocupado en construir el mundo, se ocupa de lo que ha de venir, del futuro.

Alguien anónimo interpretó un día el relato de Stendhal sobre la cristalización resumiéndolo de la siguiente manera: cuenta que un hombre entra en una caverna donde descubre muchos cristales preciosos. Emocionado sale de ésta con los cristales en su mano y a la luz del día descubre que estos no eran más que trozos de sal. El amor posee en sí tres ideas que se hace el amante sobre la amada: “1° Elle a toutes les perfections; 2° Elle m’aime; 3° Comment faire pour obtenir d’elle la plus grande preuve d’amour possible?” (Stendhal 8).

El hombre sale fácilmente de la caverna, porque desea obtener los cristales de la mina del amor y al darse cuenta de su error se precipita a buscar los cristales que su ilusión había formado erradamente. La mujer prefiere contemplarlos. No desea salir y cuando el tiempo se lo obliga, prefiere quedarse al lado de la caverna o entrar de nuevo para cerciorarse de que la luz del día no la engaña. Lucha desenfadadamente porque su ilusión no se desvanezca, guarda los trozos de sal cuidadosamente para que no se consuman por el agua, el tiempo, el aire, su boca y son para ella por siempre, cristales preciados.

Fuentes habla desde la mujer, ahonda en los recintos más recónditos de su alma: el deseo de perpetuar su belleza y su juventud para encontrar el amor de un hombre. Consuelo, vencida por la vida, requiere el amor del General Llorente, de su esposo. El hombre ama con el candor de un deseo

inagotable y Consuelo tiene que regresar a su juventud, en un camino circular e interminable en busca de ese amor; pero la belleza es un espectro, pasajero, distante, el amor se funde con ella, desaparece.

Hay dos pasajes reveladores del texto que nos permiten profundizar esta afirmación. En el primero, Felipe Montero ve los ojos de Consuelo, desgastados, secos, fríos y quiere alejarse de esa casa tenebrosa (Fuentes 16), pero enseguida ve los ojos de Aura: “[...] esos ojos de mar que fluyen, se hacen espuma, vuelven a la calma verde, vuelven a inflamarse como una ola [...] esos ojos fluyen, se transforman” (17). Inmediatamente decide quedarse, permanecer junto a la juventud de esos ojos profundos. Mas esos ojos secos y desgastados, son los mismos que un día fueron espuma, que un día fueron verdor y vida.

Chabrol, en uno de sus filmes<sup>3</sup>, relata la historia de una mujer que le pide a su amado asesinar a alguien en prueba de su amor, el hombre ríe al escuchar las palabras de la mujer, pero ella conserva su rostro frío y su mirada inquisitiva. Él le miente; le dice que ha matado a un hombre. Ella está también decidida a demostrarle su amor.

El amor de las mujeres es casi un narcótico, fantasmagórico, telúrico, porque así es el alma de la mujer. Está poseída por las fuerzas de la naturaleza que no pertenecen a lo racional. Detrás de la frágil belleza está la eternidad del amor que no seduce y así al final, la soledad es la compañera de la vejez. El misterio que cubre ese amor femenino es difuso, encerrado entre maderas quebradizas, roídas, enmohecidas, enterrado en el corazón herido de la mujer. Los hombres del siglo XX son cada vez más apaciguados, hundidos en las oficinas de trabajo, en los ritos matutinos del café y el periódico en el café de siempre, con ambiciones bien definidas de una sociedad ya pensada y demarcada. Las ambiciones de las mujeres están solo satisfechas ilusoriamente por nuestro tiempo.

Para las mujeres, anota Lipovetsky retomando a Nietzsche, el amor es renuncia, fin incondicional, entrega total en cuerpo y alma (17). La mujer vive para el amor y solo piensa en el amor. Por otro lado, Michelet afirma que la mujer no puede vivir sin el hombre y sin hogar, “[...] su ideal supremo no

---

3 “La demoiselle d’honneur” d’après le roman de Ruth Rendell.



puede ser otro que el amor ¿Cuál es su objetivo por naturaleza, su misión? La primera, amar; la segunda, amar a uno solo; la tercera, amar siempre.” (ctd en Lipovetsky 19).

Consuelo es la mujer perdida y escondida detrás de la bella Aura. Ella, permanece siempre allí, inusitada, para encubrir los anhelos perplejos y secretos de la mujer. El amor es como el sueño inasible que se esfuma en la realidad. El hombre vive para hacer realidad su deseo y desaparecerlo en su ambición y la mujer para esperar el sueño en alguna realidad que se pierde en el recuerdo.

En la vida de la mujer permanece una tragedia constante, la necesidad de atar el amor de un hombre por el temor de que éste huya, huya porque su amor es febril, pasajero, como la belleza de la juventud. Y la mujer, sabe que esa belleza se esfuma con una velocidad abismal, y con ella el amor del hombre al que ella estará aferrada por siempre: por eso al estar junto a Felipe, Aura le pregunta.

—¿Me querrás siempre? —Siempre, Aura, te amaré para siempre. —¿Siempre? ¿Me lo juras? —Te lo juro —¿Aunque envejezca? ¿Aunque pierda mi belleza? ¿Aunque tenga el pelo blanco? —Siempre, mi amor, siempre. —¿Aunque muera, Felipe? ¿Me amarás siempre, aunque muera? —Siempre, siempre. Te lo juro. Nada puede separarme de ti. (39)

La mujer ama al hombre sin importar su juventud, su salud o su belleza, pero ¿Puede un hombre amar realmente una mujer para siempre, en su vejez, en los años depurados, desgastados o ama sólo su cuerpo cuando está éste lleno de fulgor, de vitalidad?

La fantasía y la imaginación del amor, la ilusión de perfección que se aleja de la realidad es el cálido sueño de Felipe. En el sueño Aura es más bella, siempre joven, una muchacha de veinte años, con la piel suave y el talle perfecto. Sobreviene un placer sin límites, dichoso, embriagante que Fuentes nos trasmite con las siguientes palabras: “Tu vuelves a asentir, antes de caer dormido, aliviado, ligero, vaciado de placer, reteniendo en las yemas de los dedos el cuerpo de Aura, su temblor, su entrega: la niña Aura” (31).

En la realidad, en cambio, las cosas son menos bellas, Aura ya madura, su rostro lánguido entrado en años, el cabello negro desteñido y después la

imagen de la vejez, de la muerte que se burla de Felipe. La realidad tiene un sabor amargo, tedioso, ineludible que se ve desvelado al final del encuentro. Él está fatigado, compungido por la imagen de la vejez. Sus promesas no pueden ser ya las mismas. Está hastiado, aturdido. “Al despertar buscas otra presencia en el cuarto y sabes que no es la de Aura la que te inquieta, sino la doble presencia de algo que fue engendrado la noche pasada” (41). Felipe quiere liberar a Aura de su propia vejez a la que está encadenada pero a la vez le teme. Quiere liberar el amor de las prisiones de una casa olvidada y pasearlo por el mundo en una juventud eterna.

Las mujeres viven en un eterno pasado, aferradas a sus recuerdos. Consuelo busca el amor perdido de su esposo. Esos recuerdos son los compañeros eternos de la mujer: “Esta casa está llena de recuerdos para nosotras. Sólo muerta me sacarán de aquí” (24) La mujer, escapa a ese mundo de la prisa, de la obra de la ambición masculina, refugiada en la soledad de sus recuerdos.

### 3. Aura y la historia

Mi obsesión nació cuando tenía siete años y después de visitar el castillo de Chapultepec y ver el cuadro de la joven Carlota de Bélgica, encontré en el archivo Casasola la fotografía de esa misma mujer, ahora vieja, muerta, recostada dentro de un féretro acojinado, tocada con una cofia de niña: La Carlota que murió, loca, en un castillo, el mismo año que yo nací. Las dos Carlotas: Aura y Consuelo. Quizá Carlota nunca supo que envejecía. Hasta el fin escribía cartas de amor a Maximiliano. Correspondencia entre fantasmas. (Ctd en Sánchez Reyes, 145)

En la época en que la lucha por el territorio había terminado, en la que México estaba desmembrado, llega Maximiliano, venido de Austria, perteneciente a la casa real de los Habsburgo. Decidido a gobernar con un entusiasmo vigoroso, ansioso de justicia, poseía un valor y una nobleza poco comunes. Hizo de esas tierras desérticas su única preocupación, su único anhelo. Antes de ser fusilado por el pueblo mexicano proclamó las siguientes palabras: “Perdono a todos y pido a todos que me perdonen y que mi sangre, que está a punto de ser vertida, se derrame para el bien de este país; voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!” (Varios autores, 74). Su esposa, Marie Charlotte Amélie, después de suplicar a Napoleón III y al

papa Pío IX por la vida de su esposo, murió enloquecida al cabo de muchos años, encerrada en la torre de un castillo.

Consuelo es el pasado de un México olvidado, de un México que pudo ser y no fue. Un México que está en las viejas calles abandonadas como en todas las grandes ciudades. El pasado está allí, muerto, solitario, paralizado en los nuevos tiempos que surgen afanosamente. A veces esas calles están transformadas, adaptadas forzosamente a una realidad que no les pertenece: “Te sorprenderá imaginar que alguien vive en la calle de Donceles. Siempre has creído que en el viejo centro de la ciudad no vive nadie” (Fuentes, 12).

La novela *Aura* es un retorno al pasado, él rehúsa a morir y ser olvidado, a desgajarse amortajado entre la oscuridad del abandono. Ese pasado es la mujer de Consuelo que desea con todas sus ansias revivir otro tiempo. Llama a Felipe, un hombre de estos tiempos, pero destinado al llamado del pasado. Sin embargo, ese pasado envejecido y roído tiene que hacerse joven y bello para seducir a este hombre. Tiene que hacerse verde y misterioso, silencioso. Tiene que hacerse *Aura* y seducir lentamente a Felipe, interrogarlo, llevarlo cautelosamente. Felipe está allí, desplegando el pasado a la luz del sol que entra por su ventana, la única habitación iluminada.

¿Llevarlo a dónde? A la penumbra de lo incierto entre el pasado y el futuro. Consuelo interroga la comodidad cotidiana del presente, la ambición austera de Felipe. Después de aquel episodio, las ambiciones de Felipe no serán las mismas, no será el mismo hombre sosegado. Saldrá a la calle Donceles proclamando las palabras que un día un hombre proclamó en el cerro de las campanas, luchará por la justicia y será fusilado en una plaza de Tlatelolco. Y allí detrás, estará una mujer que habrá despertado la ilusión.

La influencia de Francia en México es evidente en la época de Maximiliano y Napoleón III y posteriormente en los tiempos de Porfirio Díaz (Oaxaca, 1830 - París, 1915). En efecto, el general Llorente, si bien parece ser un mexicano nacido en Oaxaca en el siglo XIX, escribe sus memorias en francés. La arquitectura del centro de la ciudad, donde está ubicada la calle Donceles, es la parte histórica influenciada por las invasiones francesas; por eso, Consuelo es México que añora y permanece en esa época y se resiste al cambio de los nuevos tiempos, arremolinada y atravesada por su estruendoso pasado, ajena a los nuevos tiempos de los años 60. Perdura esa realidad de ya cien años y quiere retomar su fuerza, conquistar ese presente que se avecina

con ímpetu entre sangrientas batallas e inquietantes revoluciones, ese presente de progreso y ambición.

La figura de Porfirio Díaz tiene una curiosa semejanza con el general Llorente. Un militar al parecer de ideas conservadoras (aunque luchó contra la invasión francesa), se casó con una sobrina suya pero ésta murió después de su sexto embarazo. Poco después conoció a Carmen Romero Rubio (Tula, Tamaulipas, 20 de enero de 1864 – Ciudad de México, 25 de junio de 1944) con quien se casó en 1881 cuando ésta tenía 17 años y él 51; con ella no tuvo ningún hijo puesto que era estéril. Tiempo después huyeron al exilio en París, ya cuando él tenía 80 años; al morir, ella regresa a México.

Estas dos figuras, la de Porfirio y la de Maximiliano están representadas, la primera en el general Llorente, la segunda en Felipe. A principios de los años sesenta México se encontraba en un receso, una espera, una intriga de lo que iba a ocurrir. El PRI, ya con bastante tiempo en el poder, comenzaba a volverse pesado para el pueblo mexicano, a ser un hastío, un desconcierto. Felipe, antes de llegar a la casa de Donceles es el hombre común de los años sesenta. El hábito, las ambiciones mediocres. El tiempo es el mismo. Fuentes llama al pasado, a esa figura imponente de Maximiliano a través de Carlota para reflexionar sobre el tiempo presente y cuestionarlo en esa habitación iluminada, dominarlo y extasiarlo con el pasado, hacerlo soñar aún más; susurrarle que el pasado se ha desgastado, se ha olvidado, y que sus esperanzas eran grandes y fértiles, más nobles que las del tiempo presente. La mujer es la figura que media hacia la revolución, hacia el cambio, que mueve a los sueños y las ilusiones, a las transformaciones. Ella no hace la guerra, pero por ella se hace la guerra.

#### 4. La mujer y las sendas humanas

“On verra commencer l’homme spécial, jongleur, astrologue ou prophète, nécromancien, prêtre, médecin. Mais au début la femme est tout.”  
(Michelet 5).

La mujer era la esperanza de no caer en los abismos insondables de la incertidumbre. La espera y la paciencia forjaron desde siempre el dócil carácter femenino, la prudencia y la conservación, sus virtudes más apreciadas. Las ágiles manos de Penélope que atendieron y tejieron las esperanzas del mundo.

La belleza y la gracia, la salud y la ternura eran sus más gratos atributos. El hombre en cambio se revestía de la fuerza, la valentía de Ulises, del saber y la gloria.

Un sociólogo francés llamado Alain Soral<sup>4</sup> afirma que el feminismo, en un principio era un movimiento político, derivó en su inexistencia por su absorción en el consumismo. En efecto, la mujer, convencida de que su rol en la sociedad no era ya el de quedarse en la casa a cuidar de la familia, sino salir a trabajar y pertenecer activamente a la sociedad con su presencia factual en la misma, abandona la rutinaria vida hogareña y en cierta forma se abandona a sí misma para encontrar un lugar en la sociedad.

Así, el feminismo se convierte en una táctica del mercado para incluir más de la mitad de la población mundial al campo del trabajo y del consumo. La mujer en el agobio de los tiempos y sus ansias infinitas por acercarse al hombre, renuncia “por fin”, en una sociedad de la “libertad” y la “igualdad”, a los tiempos pasados para así mismo ejercer un papel que no le pertenece de por sí y asumirlo como suyo. La humanidad se iguala hacia un parámetro, no hacia la afirmación de la diferencia, porque esta sociedad es sobre todo masculina; las ambiciones que trazan el capitalismo, los deseos constantes y permanentes de cambio, la novedad, la transformación no le son propios al carácter de la mujer, ésta ha abandonado una parte de sí para sumirse en los presupuestos que de cierta manera no le son ya ajenos, pero a la vez, se lleva consigo el recuerdo del tiempo en el que la duración y la postergación eran la conservación de la vida. Sin embargo, estos deseos están encaminados hacia el mismo fin: el hombre.

La pasión, en otra época, era la consumación de la vida, de la ardua y constante espera que exigía cada ritual. Pero este concepto desapareció con la velocidad y las necesidades del mercado y el afán de satisfacer el deseo, que no está ya restringido por la cultura. Ahora la realidad es un fantasma que vagabundea encontrando deseos en los cuales adentrarse y tomar la forma de ilusión, de belleza, de pasión. A la mujer le ha creado la ilusión de la posibilidad de alcanzar el amor del hombre por los objetos de los que se reviste, de su plasticidad, de una belleza impuesta, ficticia. Lipovetsky narra que es en los tiempos modernos en que la mujer renace como bella y ya no

---

4 En la entrevista “l’arnaque du féminisme”

como madre y símbolo de fecundidad (94). Mas el deseo se vuelve espeso, inconsistente, pierde su forma y su marcha.

Adorno habló de conservar las esperanzas de otros tiempos. Esas esperanzas, valga bien que los filósofos lo consideren, radican en la mujer. Los caminos se trazan por la previsión de la mujer que reposa bajo la fuerza y la seguridad de un hombre. La mujer conduce y conserva la esperanza, y la esperanza de este mundo es la vuelta a la conservación, a la fantasía y la imaginación que reivindicuen el pensamiento y el deseo.

Siguiendo a Michelet en su postura de “el hombre caza y lucha”, se ha considerado que la ambición del hombre está movida por su capacidad práctica de construir el mundo. Sin embargo, esa ambición tiene su soporte en el sueño de irrealidad en la que la ambición se proyecta y traza un rumbo. Detrás de ese soñar está una mujer que es el objeto del deseo, del sueño. La mujer en Michelet es la que intriga y sueña, pero es un sueño que está o atado a la realidad o al pasado.

En ese sentido, detrás de Maximiliano está Carlota, detrás de Felipe esta Aura; mas a esas mujeres no las vemos, las olvidamos. Las volcánicas e impetuosas voluntades masculinas son apaciguadas en la constancia de una mujer. *Aura* descubre el destino trágico de la mujer en relación con el tiempo. A fuerza del recuerdo la mujer misma se hace tiempo, se hace el pasado que interroga el presente desde la oscuridad de una calle olvidada. El amor es el recuerdo y la mujer llega al mundo, al presente, a traer el amor y el recuerdo.

La conclusión se ha planteado desde el principio. Sin embargo queda aún en la penumbra, puesto que aunque Fuentes haya inundado el espacio vacío y vedado de la mujer a tantos siglos, abordándolo con ese fulgor y esa continuidad maravillosa al hablar desde la mujer misma, con su propia voz, su propia figura, su propio ritmo, arduo será para una mujer penetrar en el alma del hombre para comprenderse a sí misma.

## Lista de Referencias

*Biografías y vidas*. 30 abril. 2013 <[http://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/diaz\\_porfirio.htm](http://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/diaz_porfirio.htm)>

- Cuba Encuentro*. 30 abril. 2013. <http://www.cubaencuentro.com/internacional/articulos/mexico-y-francia-268396>
- Escritores: Carlos Fuentes-Entrevista en 'Los Libros' (TVE) (2001)*. 30 abr. 2013. <<http://www.youtube.com/watch?v=whb7aCufjog>>
- Fuentes, Carlos. *Aura*. Bogotá: Norma, 2007.
- Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser*. Barcelona: Tusquets editores S. A, 1989.
- Lipovetsky, Giles. *La tercera mujer: permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- Michelet, Jules. *La sorcière*. París: Garnier flammarion, 1966.
- Ortega y Gasset, José. *Estudios sobre el amor*. Madrid: Austral, 1980.
- Revista de Letras*. 30 abr. 2013 <<http://www.revistadeletras.net/aura-de-carlos-fuentes/>>
- Sánchez Reyes, Felipe. "Carlos Fuentes, Aura y el mito". *Tema y variaciones de literatura*. 31. (2008): 145-165.
- Schopenhauer, Arturo. "Metafísica del amor". Arturo Schopenhauer. Clásicos - inolvidables. Eduardo González Blanco. Medellín: Grafoprint.1992. 33-57
- Stendhal. *De l'amour*. Genève : Au grand passage, 1945.
- Schopenhauer, Arturo. *El amor, las mujeres y la muerte. Traducción de A. López White*. 10 nov. 2014. <[http://www.schopenhauer-web.org/textos/El\\_amor\\_las\\_mujeres\\_y\\_la\\_muerte.pdf](http://www.schopenhauer-web.org/textos/El_amor_las_mujeres_y_la_muerte.pdf)>
- Varios autores. *México a través de la fotografía (1839-2010)*. Barcelona: Taurus, 2014.